

mas viendo que éste, con glacial tibieza,
de besar se excusó su frente hermosa,
ella volvió, afrentada, la cabeza,
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,
con agitados pies y ojos febriles,
en el rostro mostraba, y en el talle,
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
despareció cruzando la campiña,
con aquel pie que llenaría apenas,
el hueco de la mano de una niña.

—¿Por qué—pregunta Paz—no la has besado,
turbando de ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
á pensar en el mal, hijo del alma?—

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
—¡Solamente una vez, en tantas vidas,
á una mujer besé de pensamiento!—

Quedóse, bablando así, meditabundo;
la madre le miró con indulgencia,
y uno y otro dejaron aquel mundo
de amor, de admiración y de inocencia.

JORNADA OCTAVA

ESCENA XLIII

CÓMO ACABAN LOS DOGMAS

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO.—PILATO.—EL GUARDA
DEL SEPULCRO DE CRISTO.—HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES,
HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTI-
GUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO.—Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica, Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden alrededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice qué desde el momento en que murió

Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrojan alrededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
al opuesto confín de Galilea;
y cerca del Calvario, en donde estaba
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,
de un valle estrecho en el obscuro flanco,
un sepulcro tallado en una roca,
que amenaza caer en un barranco.

—Tu madre á ver sufrir te ha conducido
—dice á Honorio, Jesús,—de una á otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

Has visto el mal del vicio; pero ahora,
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.—

Y—Vuelve—dice al tiempo, el que obediente,
atrás sus alas sobre sí repliega,
y ante ellos vuelve su inmortal corriente
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
parecía el fantástico diseño,
mira en un río de vapor que pasa,
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
mas, sin romper de su ilusión el prisma,
cogiendo nada más que el aire vano,
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron
á ese tiempo que corre hacia adelante,
y á la voz de Jesús retrocedieron
quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
que fué llegando, en óptica ilusoria,
hasta esa fecha misteriosa y santa
que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre
que la luz en los céfiros tejía,
Jesús, con su voz clara como el timbre
de una lámina de oro, proseguía:

—Aquí, como verás, bajo esta losa,
después que muerto fué por los malvados,
el cuerpo sacratísimo reposa
del que vino á purgar nuestros pecados.

»En mágica ilusión, de Cristo en nombre,
hice al tiempo volver, para que veas
la pasión y la muerte del Dios hombre
en hechos que serán sombras de ideas.»—

Y á Honorio en el jardín se le aparecen,
tranquilo el uno, el otro taciturno,
dos hombres á los lados, que parecen,
fantasmas hijos del vapor nocturno.

Guarda á Cristo el soldado á quien, temiendo,
de la prisión en el momento aciago,
dejó en sus manos, con presteza huyendo,
su túnica sutil, Jesús el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,
si no su sien, su corazón de espinas,
vagaba por los campos, aburrido
de las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,
oye silbar el viento del invierno,
y sufre, cual si en vida se sintiera
condenado á las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caían
como espectros, moviéndose flexibles
en torno de él parece que gemían,
cual protestas de seres invisibles.

No halla Pilato á su dolor consuelo,
son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,
y una vez, revolcándose en el suelo,
hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera
que de frío tal vez se estremecía,
echó sobre él la túnica ligera
que del Mago Jesús tomado había.

Cayó, blanca cual capa de granizo,
sobre el Pretor, la túnica flexible,
y haciéndole el efecto de un hechizo,
Pilato, sin soñar, vió lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,
y delante, y detrás, y á todos lados,
ve el huerto de José de Arimathea
lleno todo de espíritus alados,

que uno tras otro hacia Jesús avanza,
y en torno de él, uno tras otro hacía
un círculo de sombras, que una danza
de espíritus de muertos parecía.

Ve Pilato girar luces espesas,
cual almas de sus tumbas escapadas:
son las ninfas, las magas, las druidesas,
las sílfides, los genios y las hadas,

que buscan con afán al Dios que ha muerto,
y en el día más triste de la vida
giran, llenando, pálidas, el huerto
de una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba
salió gentil, y atravesó la bruma,
y así al Mago Jesús después le hablaba
la ninfa Egeria, que inspiraba á Numa:

—¡Es cierto que, del cielo desterrados,
—á decir comenzó la ninfa Egeria—
van á ser nuestros dioses reemplazados
por un Dios redentor de la miseria?

»Hoy, llevando á los dioses nuestros votos
á las cumbres del cielo inaccesibles,
sirviendo á nuestras almas de pilotos
magnéticas corrientes invisibles,

»no encontramos ni un dios; nubes y viento
sólo en los campos del Elíseo había.
¡Ya es el espacio, del Olimpo asiento,
atmósfera sin sol, obscura y fría!

»¿Así de nuestro Olimpo la belleza
pasará cual la luz de un meteoro,
ante un Dios sin orgullo ni riqueza,
que no viste la púrpura y el oro?

»Decid quién es, para adorar su nombre,
ya que el Olimpo, de piedad exhausto,
en santa expiación mataba al hombre,
y él ofrece su vida en holocausto.

»Cuando desiertos los espacios vimos,
sílides, hadas, ninfas y hechiceras,
buscando nuestros dioses, emprendimos
una larga excursión por las esferas.

»—¿Dónde están nuestros dioses?—preguntando
un hada tras de otra hada iba afligida,
de planeta en planeta, continuando
la escala esplendorosa de la vida.

»—¡Pasaron por aquí!—nos contestaban,
añadiendo dolores á dolores,
los hijos de los astros, que variaban
en magnitud, en formas y en colores.

»—¿Dónde están?—preguntábamos inquietas,
de astro en astro llevando nuestros duelos,
é indiferentes viendo á los planetas
girar por los abismos de los cielos.

»Y cual ellos también indiferentes,
—¡Pasaron por aquí!—nos contestaban
en cada nueva población las gentes
de los miles de soles que giraban.

»Y al ver que aire, y sólo aire, se volvían
los viejos dogmas, las antiguas leyes,
las ninfas y las hadas repetían:
—¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!—

»Volando por el éter impalpable,
nuestros ojos y oídos siempre hallaron,
el azul de los cielos inmutable,
la eterna voz de—¡Por aquí pasaron!—

»Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,
de gloriosos espíritus morada,
—¡Les mandó caminar—nos respondieron—
la eterna voluntad hacia la nada!—

»Estas palabras, con dolor oídas
donde tienen su fin todas las cosas,
y encontrándonos solas y perdidas
del cielo en las tinieblas luminosas,

»del hado inexorable la dureza
lamentando, de pena traspasadas,
nos volvimos, lanzando con tristeza
al Olimpo las últimas miradas.

»Para siempre el Elíseo abandonamos,
y hacia Roma después tendiendo el vuelo,
en sueños á Tiberio le contamos
que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

»Mas, al soñar, Tiberio no ha creído
que el cetro de los césares se quiebre
por un rey tan humilde, que ha nacido
entre el asno y el buey en un pesebre.

»¡Bautízanos Jesús! ¡Ay! ¿Qué nos queda,
si hoy nuestra humilde conversión rechazas,
al sonar este—¡Sálvese el que pueda!
de césares, de dioses y de razas?»—

Hasta el último término del cielo
lanzándose Jesús apresurado,
de nuevo tornó á abrir, bajando el vuelo,
otra rendija de oro en el nublado,

y un rastro de una insólita blancura
dejando por los sitios que cruzaba,
de las nubes brotó, por la abertura
una llama tan viva que cegaba;

y á aquellas almas buenas, que sirvieron
á los dioses sin Dios del gentilismo,
y que ángeles no son porque murieron
sin recibir las aguas del bautismo,

en rica profusión, Jesús el Mago
un bautismo de luz echa sobre ellas;
luz que, esparcida por el aire vago,
parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesús,—¡Os dejo bautizadas
en el nombre de Dios!—les fué diciendo,
las manos con amor hacia las hadas,
como en señal de bendición, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,
les decía Jesús de esta manera:
—No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,
ni el mármol, ni el metal, ni la madera.—

Purificando así las vivas llamas,
las ciencias, la moral, las religiones,
los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,
los Sócrates, los Numas y Platones,

en dogmas de piedad se transformaron
los viejos dogmas del Eliseo, impíos,
y en la cristiana religión entraron,
lo mismo que entran en la mar los ríos.

Tal número después, de ninfas y hadas
á la tumba de Cristo descendía,
que, al volver hacia el mundo bautizadas,
una lluvia de estrellas parecía.

Ve Pilato, después, que á Cristo adoran,
besan el suelo y con bondad se humillan;
por los que hacen el mal rezan y lloran,
y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luego de su túnica ligera
tira Jesús con mano imperceptible,
y ya no ve Pilato aquello que era
para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesús su túnica retira,
Pilato halla el jardín solo y umbrío;
piensa que es sueño, y cuando en torno mira,
sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,
le oyeron suspirar Jesús y Honorio,
los fieros ojos con furor clavando
en las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,
que con nosotros duerme y nos abraza,
que el sueño en pesadilla nos convierte,
y al cuello con furor se nos enlaza;

que se alza, al vernos, cual visión maldita,
y siempre el paso, al escapar, nos cierra;
que late en nuestra sangre, y que nos grita
de todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,
tornó á Jerusalén, y alta la frente,
á la inicua ciudad, de cuando en cuando,
lanzaba unas miradas de serpiente.

ESCENA XLIV

LOS DIOSES SE VAN

LUGAR DE LA ESCENA: *El seno de Abrahán*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—HONORIO.—LOS PRIMEROS PADRES.—LOS DIOSES DEL OLIMPO.—LA DIOSA ROMA.—LOS CÉSARES.

ARGUMENTO.—Vuelve Jesús el Mago á hablar á Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo, sale éste; manda á Jesús que le siga, y á una señal suya se abre la tierra, y Jesús y Honorio le acompañan en su bajada á los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahán á los que esperaban su santo advenimiento.

Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahán de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada á todos los dioses del Olimpo y á todos los ídolos de las antiguas religiones. Se hunden en la nada Júpiter, Venus, Marte, Baco, Diana, Cibele y la diosa Roma. Después de disueltos en la nada el Olimpo y el antiguo mundo, á una señal de Cristo, continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesús de nuevo, por la noche, *toca,*
del valle estrecho en el oscuro flanco,
el sepulcro tallado en una roca
que amenaza caer en un barranco;

y—*Tu madre,—siguió,—te ha conducido,*
Honorio, á ver sufrir de una á otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

»*Has visto el mal del vicio; pero ahora,*
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.

»*Aquí, como verás, bajo esta losa,*
después que muerto fué por los malvados,
el cuerpo sacratísimo reposa
del que vino á purgar nuestros pecados.»—

Y cayendo la piedra de la entrada,
salió de ella el que todo lo redime,
mostrando en su ademán y en su mirada
alguna cosa mística y sublime.

Y—¡Ven!—dice á Jesús.—¡Ven!—repetía;
y siguieron los dos, de espanto yertos,
al mártir que murió, y al tercer día
resucitó por fin de entre los muertos.

Busca á los justos que Abrahán encierra
piadoso el Cristo, con su amor innato,
y la mano tendiendo hacia la tierra,
ve un abismo entreabierto á su mandato;

y entra resuelto, con la fe que cabe
en quien lleva el amor hasta el delirio,
como un Dios de bondad, que sólo sabe
buscar la expiación por el martirio.

Transponiendo, por fin, la luz del cielo,
en la infernal mansión entran con pena;
y en el campo después cantó el mochuelo,
la víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada
traspasó del recinto tenebroso,
y allí, tras su agonía prolongada,
un suplicio sufrió más horroroso;

pues, con nueva bondad, más grandes penas
á padecer se expone voluntario,
su corazón, convaleciente apenas
de la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahán llegaba,
ve el Cristo el centro del primer infierno,
á una sombría luz, que recordaba
una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja
el seno obscuro en que aguardó paciente,
y hace un ruido, al salir, que se asemeja
á la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno,
los padres que, esperando su venida,
de Abrahán aguardaban en el seno,
ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado,
en los ojos de Adán los ojos fijos,
porque por Eva su alma ha condenado,
y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quien á sus nietos guía,
de la prole de Adán raza segunda;
y el fundador de la nación judía,
Jacob, que ha visto á Dios; Raquel, fecunda.

Luego, mostrando el brillo soberano
del óvalo perfecto de su cara,
á dar gracias al Cristo, por la mano,
lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aarón, pontífice primero,
tras de Moisés, el dictador de leyes;
con Samuel, de los jueces el postrero,
va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando,
por santo y fuerte y músico y profeta;
y en pos de él, á los grandes admirando,
el sabio Salomón, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino,
tiende el grupo de espíritus el vuelo,
como el humo en columnas, blanquecino,
sube, ondulando, á la región del cielo.

La nada hallan, por fin, despavoridos,
pálida encima y negra en lo más hondo,
que es en lo alto una tromba de gemidos,
y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada,
como á una luz de moribunda luna,
ven el hondo circuito de la nada,
de esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecía aquel sitio de misterio,
de parda luz, de vientos inactivos,
el hueco del lugar de un cementerio
dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hacía el borde de la nada avanza,
á la prole de Adán un ruido aterra
tan hondo, que, al sonar en lontananza,
su helado corazón abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta el infierno asorda,
contemplan con horror que, moribundo,
cual un mar que bramando se desborda,
se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ruinas sobrehumanas,
tal espanto á los ángeles causaron,
que del viejo Abrahán las pocas canas
en el cráneo amarillo se erizaron.

Y á aquella luz, que ver les permitía
alguna forma vaga en las tinieblas,
miraron que el Olimpo descendía
de la nada á perderse entre las nieblas;

pues **grande** en vicios, y en virtud exiguo,
rotas, al **fin**, de la piedad las vallas,
da el **Cristo** la batalla al mundo antiguo,
que al **reino** dará fin de las batallas.

Y así, **cuando** el Olimpo descendía,
mirándole **caer**, meditabundo,
—*¡Sic transit gloria mundi!*— prorrumpía;
¡así pasa la gloria de este mundo!

Del **Eliseo**, antes claro y hoy sombrío,
la turba de los dioses desterrada,
cayendo **desde** el cielo en el vacío,
del vacío, **después**, cae en la nada.

Y al ver **Cristo** caer tan grandes cosas
del más **alto** lugar hasta el más bajo,
costaba á **sus** pupilas amorosas,
el **contener** las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo
el Júpiter **olímpico**, á la nada,
al abismo **cayó**, pisando altivo
al águila **de** rayos coronada.

Y **aumentando** con gritos plañideros
aquel **sublime** horror de los horrores,
se sumen **en** la nada, los primeros,
los dioses **de** los cielos superiores.

Y llega **Venus**, y la nada enciende,
cual la luz **misteriosa** de una estrella,
y al rodar **por** sus ámbitos, se extiende
un perfume que dice:—¡Es ella! ¡Es ella!—

Con **cierta** fatuidad imperturbable
hunde **Marte**, cayendo en el abismo,
el poder **de** la fuerza miserable,
de la **guerra** el glorioso vandalismo.

En lo **hondo** de la fúnebre laguna,
dioses y diosas con terror oían
cuál sonaban en ella una por una
las lágrimas de sangre que vertían.

Y después, arrastrado como todo,
entre dioses y césares y cosas,
desciende **Baco**, músico y beodo,
coronado **de** pámpanos y rosas.

Y hundiéndose también, tras él ondula
un tropel de bacantes nauseabundo,
manchadas con el néctar que circula,
donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles,
enterneció una vez los corazones,
se hundió la fría imagen de Cibeles
en su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos,
con su inmenso poder, que al mundo doma,
del viejo Olimpo entre los dioses todos,
cayó una diosa más, la diosa Roma;

esa diosa que echó sobre el imperio
la inmensa losa de la paz romana,
que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio,
bajo qué rey despertará mañana.

¡Que muera, pues, y que con ella expire
la razón sin razón de la victoria!
¡Que se hunda ahí, para que al fin respire,
cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y á los hados,
y al viejo Eliseo y al antiguo infierno,
en quietud insufrible sepultados,
á todos los fué uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hacia el no ser avanza,
y con ellos después, la nada encierra
la vanidad, la ira, la venganza,
la esclavitud, las castas y la guerra.

Para siempre extinguiéndose, y envueltos
de gotas de astros en la inmensa lluvia,
caen pueblos y césares, disueltos
en aquel mar de mundos que diluvia.

Y con ellos, los ídolos caían
del galo, el indo, el griego y el romano,
en las pardas tinieblas que se hundían,
como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fin, de la nada en el vacío
un grito general, áspero y fuerte...
Después ¡silencio, lobreguez y frío,
noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados,
circulan, aun dispersos, por la esfera
los átomos de mundos destrozados...
mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,
no dejando más huellas que sus nombres,
fueron sólo el Olimpo y el imperio
un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando
del mundo antiguo el funeral destino,
la mano en el vacío adelantando,
—¡Vamos!—dice, y prosiguen su camino.

ESCENA XLV

DESCENDIÓ Á LOS INFIERNOS

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis*

PERSONAJES: EL CRISTO.—LOS ÁNGELES.—JESÚS EL MAGO.—LOS SANTOS PADRES.—HONORIO.—LOS NIÑOS DEL LIMBO.—LOS CONDENADOS.

ARGUMENTO.—Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el seno de Abraham, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre á implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión: pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral de Cristo por no poder redimir á los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra. Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saliendo del infierno se abraza á la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo á la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Cuando detrás del Redentor seguían,
formando líneas de ondulantes eses,
las sombras de los justos parecían
una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,
gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,
y hablando va como consigo mismo,
con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía,
entre un vapor como la sombra leve,
el limbo de los niños, que tenía
el color blanquecino de la nieve,

miran cercar al Redentor divino
á los niños, cual pálidas y huecas,
llevadas por la brisa en torbellino,
amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo, á los niños contemplando
con alma tierna, de dolor partida;
y los niños le ven, como mirando
la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido
en juntar un tormento á otro tormento,
de las hondas heridas que ha sufrido,
ensangrentado aún su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,
de los niños, que imploran de rodillas,
que el sudor que corría por su frente
inundó sus escualidas mejillas.

—¡Bendíganos!—dice uno—el que bendice.
—¡Redímenos!—grita otro; y el Dios santo,
—Ve al Cielo y ruega al Padre—á un ángel dice—
que los pueda salvar, ó me dé llanto.—

Lleva el mensaje á la mansión divina
de Aquel que es siempre del amor espejo,
el ángel, que tras sí, cuando camina,
va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,
que ayer su sangre por el hombre vierte,
comienza de su espíritu el calvario,
dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;
alza sus brazos cárdenos y enjutos,
y al Padre suplicando, mira al cielo,
devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,
volviendo triste el ángel mensajero,
le dice de rodillas:—¡Adelante!
La justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimir lo irredimible,
ni olvide tu alma, á perdonar propicia,
que es el Dios del perdón el Dios terrible,
grande en bondad é inmenso en su justicia!